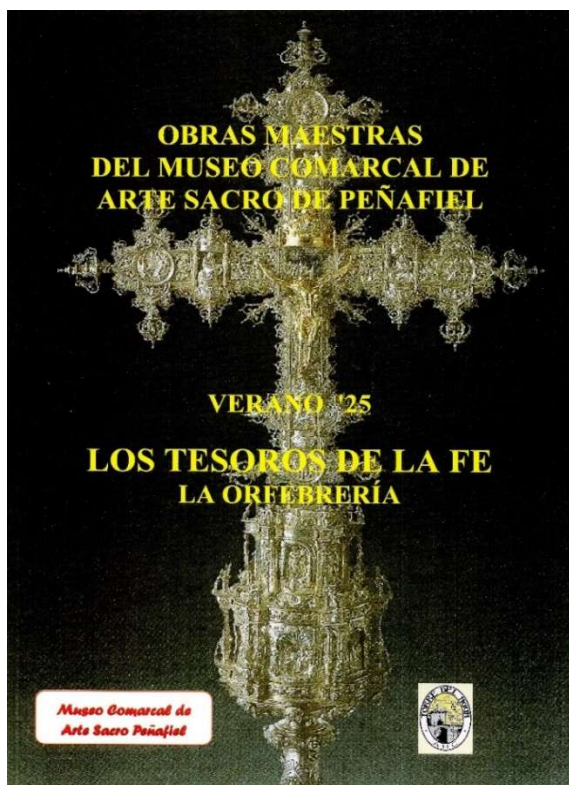


Los tesoros de la fe. La orfebrería

Jesús de la Villa

Desde los primeros tiempos del Cristianismo se dedicaron al culto divino los bienes más preciados. Aparte de la construcción de magníficos edificios, se encargaban objetos lujosos para la liturgia, como cálices, cruces, lámparas, etc. Todos estos objetos pueden recibir muy apropiadamente el nombre de “tesoros de la fe”, puesto son la manifestación del respeto y la devoción religiosos, que reserva para la práctica de esa fe las posesiones más valiosas de la sociedad.



Las cruces, como símbolo máximo de la fe cristiana, fueron especialmente cuidadas y se fabricaron en metales preciosos, adornadas de todo tipo de piedras nobles y perlas. En España tenemos magníficos ejemplos de grandes cruces fabricadas con materiales nobles desde la época visigoda y, especialmente, del período inicial de los reinos cristianos del norte de la península, como las llamadas Cruz de la Victoria y Cruz de los Ángeles, guardadas en la Catedral de Oviedo, que remontan a los siglos IX y X y están entre las más antiguas de Europa. Esta tradición se mantuvo a lo largo de los siglos. Las cruces grandes presidían los altares o pendían sobre ellos. Y, en

ocasiones solemnes, eran sacadas en procesión. En los períodos más antiguos de la Edad Media se

cogían directamente del brazo inferior. Solo más tarde, desde el siglo XIII, comenzaron a colocarse en lo alto de un asta o palo largo sobre el que se las divisaba mejor.

Aparte de las cruces pertenecientes a catedrales o monasterios, todas las parroquias y pequeñas iglesias tenían su propia cruz, que se sacaba en procesión en todas las ocasiones notables de carácter religioso: fiestas del patrón o patrona, Semana Santa, Corpus, etc. También en muchos casos en los entierros. Pero, junto a esta función religiosa, las cruces parroquiales fueron adquiriendo un carácter simbólico, de representación de la propia parroquia y hasta de toda la población. Así queda recogido en numerosos documentos, donde se establece que, incluso en reuniones de tipo político o civil, el pueblo estaba representado por sus autoridades, acompañadas de su cruz parroquial. Y el orden en que aparecían aquellas cruces en los cortejos o reuniones era el símbolo de la importancia y el respeto que recibía la población. No es de extrañar, por tanto, que las parroquias cuidasen extraordinariamente sus cruces y que invirtieran importantes cantidades en hacerlas y mantenerlas compuestas y arregladas. Incluso los pueblos más pequeños encargaban sus cruces a grandes talleres de platería de las capitales o poblaciones mayores.

El valor simbólico de estas cruces era tan grande que siempre han estado entre los bienes más celosamente guardados por las parroquias y las poblaciones. Precisamente a este aprecio debemos el que hoy el Museo Comarcal de Arte Sacro de Peñafiel custodie la extraordinaria colección de cruces procesionales que exhibe. A pesar de los siglos, a pesar de los intentos de requisarlas en el período de la invasión francesa, contra el deseo, en algunos casos, de las propias autoridades eclesiásticas por llevarlas a Valladolid, como sucedió con la cruz del Salvador, las buenas gentes de nuestros pueblos cuidaron y, a veces, hasta escondieron sus cruces. Y por eso hoy podemos contemplarlas y seguir utilizándolas en nuestras procesiones y fiestas.

La colección de cruces del Museo de Peñafiel

El Museo Comarcal de Arte Sacro de Peñafiel expone en la actualidad dieciséis cruces procesionales, cuya datación va del siglo XIV al siglo XVII. Es el mejor conjunto y el más numeroso de este tipo de elemento litúrgico que existe en toda España en este momento. El conjunto de cruces es, por tanto, la “pieza” más importante del museo.

Solo la más antigua, procedente del Curiel y que se puede datar en torno al año 1400, es de latón. El resto es de plata, algunas veces recubierta de una lámina de oro.

El inventario de cruces expuestas es el que sigue:

Curiel, anónima: siglos XIV-XV

Piñel de abajo, anónima: siglo XV

Mélida: cruz de García Fernandez Barroso: siglo XV. Pie de Gabriel de Segovia: siglo XVI

Valdearcos, anónima: siglos XV-XVI

Roturas, anónima (taller de Burgos): siglos XV-XVI

Pesquera de Duero, Cristóbal de Ribadeo (Valladolid): comienzos del s. XVI

Encinas de Esgueva, anónima (taller de Palencia): siglo XVI

Curiel de Duero (San Martín), anónima: siglo XVI

Peñafiel (San Salvador), Cristóbal Romero: siglo XV

Quintanilla de Arriba, Gabriel de Segovia y Domingo Medina: siglo XVI

Torre de Peñafiel, Gabriel de Segovia: siglo XVI

Curiel de Duero (Santa María), Gabriel de Segovia: siglo XVI

Piñel de abajo, Pedro Quijano y Melchor de Arrieta: siglo XVI

Peñafiel (Santa María), anónima: siglo XVII

A ellas se añadirá pronto la cruz de Padilla, también obra de Cristóbal Romero, como la del Salvador de Peñafiel, del siglo XVI.

Como se ve, la mayor parte de las cruces son de los siglos XV y XVI. Corresponde a la época de mayor riqueza de Castilla, gracias al comercio de la lana y a la gran producción cerealista. También coincide con la llegada de grandes cantidades de plata de las Indias, lo que permitió contar con una abundancia de este material que antes no se poseía.

Con seguridad en todas las parroquias hubo otras cruces más antiguas, que fueron sustituidas en esta época por las que conservamos. Solo en dos casos hemos conservado las cruces más antiguas y las más modernas. En Santa María de Curiel la cruz de latón gótica fue sustituida por la de plata del

siglo XVI que también conservamos. En Piñel de abajo tenemos también una gran cruz de plata gótica que, cosa excepcional, no se fundió para hacer la nueva cruz del siglo XVI, que también se conserva. En el resto de los casos, las cruces de más antiguas bien se vendieron o se perdieron, si eran de latón, bien, si eran de plata, se fundieron para hacer la nueva. Hay mucha documentación sobre ello en los libros parroquiales.

Cómo leer una cruz procesional

Aparte de la contemplación del conjunto, las cruces procesionales contienen todo un mensaje artístico, histórico y evangélico que se quería transmitir a la población. Por eso, aparte de la imagen de Cristo crucificado, en el centro del lado principal, hay otras imágenes que remiten a otros aspectos de la fe.

Para empezar, se puede notar que su forma y decoración corresponde a diferentes momentos artísticos: las hay góticas, renacentistas y barrocas. El estilo gótico, correspondiente a las más antiguas -Curiel, Piñel de Abajo, Mélida, Valdearcos, Roturas, Pesquera- se mantuvo en la forma de otras posteriores, aunque la decoración fuera ya totalmente renacentista, como en del Salvador de Peñafiel o Quintanilla. Varias, sobre todo las realizadas en el taller de Peñafiel de Juan y Gabriel de Segovia, son barrocas, con formas curvas y mucha decoración. Solo la más reciente, ya del siglo XVII, la de Santa María de Peñafiel, es de estilo herreriano, el mismo de la arquitectura del Monasterio del Escorial, con formas simples y rectas.

En cuanto a las imágenes que contienen, su número y motivos son diferentes según las épocas y la complejidad de la cruz. Todas ellas tienen siempre en la parte central de la cara principal o anverso a Cristo crucificado. En la parte posterior o reverso, en el centro, puede estar bien Cristo en majestad, como representación de la resurrección, bien Santa María, bien el santo patrón de la parroquia, como San Juan Bautista en la de Pesquera de Duero, San Martín en una de las de Curiel, San Pelayo en la más moderna de Piñel de abajo.

Generalmente, en los brazos horizontales del anverso figuran la Virgen y San Juan Evangelista, como figuras que, según el Evangelio, acompañaron a Cristo al pie de la cruz. Es muy frecuente también que en el brazo superior del anverso se represente un pelícano, ave que, según la leyenda, cuando no tiene alimento que dar a sus crías, se abre el pecho con el pico y les deja beber de su propia sangre; por

ello, desde la Antigüedad, se considera al pelícano una representación de Jesucristo. En el brazo inferior del anverso figura muchas veces a Adán saliendo de su tumba, como un anuncio de la resurrección. En el reverso muy frecuentemente en las cruces más antiguas figuran las representaciones de los cuatro evangelistas: el águila de San Juan, el león de San Marcos, el ángel de San Mateo y el toro de San Lucas. Se ve muy bien esta decoración en la cruz más antigua de Piñel, en la de Mérida, en la de Valdearcos, en la de Encinas o en la de Roturas.

En épocas posteriores, en lugar de estas cuatro figuras o combinadas con ellas, se pueden representar los cuatro padres de la Iglesia latina: San Jerónimo, San Benito, San Agustín y San Gregorio. Así sucede, por ejemplo, en la cruz de Encinas de Esgueva, la de La Torre de Peñafiel o la de Quintanilla de Arriba.

Finalmente, en las cruces más avanzadas del siglo XVI, se introducen otras escenas, a veces de una gran complicación. Así, en la cruz de San Martín de Curiel aparecen escenas de la Pasión de Cristo, como el beso de Judas, la oración en el huerto, la coronación de espinas, etc. En la cruz de Pesquera aparece Dios Padre en Majestad y el entierro de Cristo. En muchas de ellas, además, en la pieza del pie o macolla, se representan varios apóstoles, entre los que se encuentra generalmente San Pedro, como piedra angular de la Iglesia y base, por tanto, de la cruz. En la de Quintanilla, además, se

han añadido las virtudes teologales -Fe, Esperanza y Caridad- y tres de las cardinales -Fortaleza, Justicia y Templanza-.

Pero sin duda la cruz más rica en cuanto a su decoración es la del Salvador de Peñafiel.

Su conjunto es un verdadero Evangelio en imágenes. Comenzando por el pie, hay, en la parte inferior, varios relieves referidos a la infancia de Cristo -Anunciación, Visitación, Natividad, Huida a Egipto, etc.-. Sobre este cuerpo, todavía en el pie, hay otro en el que hay seis apóstoles. Luego, en el cuerpo de la cruz, en diversos relieves, se incorporan representaciones extraordinarias de todos los momentos de la Pasión, desde la Santa Cena a la Resurrección, pasando por el beso de Judas, Cristo atado a la columna, el Santo Entierro y la Resurrección.

En definitiva, estas cruces representan un verdadero tesoro, tesoro en términos artísticos y materiales, dada la cantidad de plata utilizada para fabricarlas en muchos casos. Pero son también un tesoro de la fe de nuestros mayores y un verdadero símbolo de la resistencia y el orgullo de nuestras parroquias y poblaciones que se reconocieron en las cruces y que las han salvaguardado para la posteridad, para nosotros. Nuestra obligación es custodiarlas y cuidarlas con el mismo empeño y traspasarlas a las generaciones futuras.

